
LA ACCION DEL PRESBITERO EN EL CONTEXTO COLOMBIANO

~ASPECTO PASTORAL~

*Pbro. Fernando Umaña M.**

INTRODUCCION

Hablar del Ministerio Pastoral del Presbítero, es afrontar una realidad demasiado amplia. Prácticamente no hay cuestión relativa a la vida de la Iglesia, que no esté conectada con la acción pastoral del Sacerdote. Se hace necesaria una selección de temas y el concretarse a algunos puntos más importantes.

Paternalidad Sacerdotal en la Iglesia;

El presbítero, como participante del sacerdocio del obispo (1) como su "otro yo", participa por lo tanto de la capitalidad sacramental del orden (2), por la cual está identificado con Cristo-Cabeza de la Iglesia (3). La Cabeza está en función del Cuerpo (4), que es su "plero-ma", plenitud (5), su "gloria" (6), la razón de su existencia.

La capitalidad del orden, implica una paternidad sacramental (7): La expresión pastoral de la capitalidad es la "paternalidad" sacerdotal sobre la Iglesia, Cuerpo de Cristo (8). El sacramento del orden existe en función del cuerpo de la Iglesia, su razón de ser es la funcionalidad paternal para engendrar la Iglesia. El sacerdote es, ante todo, hombre de Iglesia, para la Iglesia.

Este principio excluye el puro horizontalismo, la pura promoción humana por sí misma, la liberación sociológica como término exclusivo de la acción pastoral. Pero al mismo tiempo el "hacer Iglesia" incluye, dentro de la dimensión trascendente, la liberación del pecado y todas sus consecuencias personales y comunitarias, la promoción integral de todo el hombre, de cada hombre, de todos los hombres (9), la presencia del sacerdote

* *Licenciado en Teología, Universidad Javeriana; Profesor de la Facultad de Teología, Universidad Javeriana; Miembro del Comité Teológico Central, Secretariado permanente del Episcopado Colombiano*

en el mundo en lo temporal, en lo político, dentro de los fines específicos de su misión (10).

El sacerdote no es, pues, un líder temporal solamente, pero su misión incluye el liderazgo comunitario; no es un promotor social, pero sí promueve socialmente; no es un líder económico o político, pero orienta lo económico y lo político; su presencia en el mundo es la encarnación -no única- de la Iglesia en el mundo (11), la prolongación de la misión apostólica y jerárquica de la Iglesia, informando toda la realidad temporal.

El sacerdote está puesto para "hacer Iglesia" con todas sus dimensiones es-

pirituales, neumáticas, temporales, sociales, tal como la ha querido el Señor, sin excluir la apertura trascendente y escatológica esencial a su ser.

Hacer Iglesia por todos los medios puestos por Cristo y por todos los caminos. Hacer Iglesia ante todo y sobre todo por la Palabra del Evangelio (12), por la eficacia de la acción sacramental (13) y de la oración (14), por la acción pastoral de la dirección de las almas y de las comunidades cristianas bajo la autoridad para ello dada por Cristo (15), en fin, por la vida cultural eucarística, culmen de toda la vida de la Iglesia.

(1) P.O. 1,2 - L.G. 28

(2) P.O. 1, 2 - L.G. 10

(3) Ef 5, 23

(4) Ef 5, 25-27-29

(5) Ef 1, 23

(6) Ef 5, 27

(7) 1Cor 4, 15

(8) Ef 5, 30

(9) P.P. 12, 20 - G.S. 41 Cfr. P.P. 76-80

(10) Cfr. G.S. 76

(11) Cfr. Sínodo 1971 - El sacerdocio Ministerial II, 2

(12) 1Cor 4, 15 - Mt 28, 19 - Marc 16, 15 - Lc 24, 47

(13) Jn 20, 22

(14) Lc 11, 13 - Heb 5, 7

(15) Mt 16, 16 - 18, 18 - 1Cor 5, 4 - 1Cor II, 34

1. HACER IGLESIA POR LA PALABRA

La primacía de la evangelización ha sido afirmada con absoluta claridad: son demasiado abundantes los documentos al respecto (1). No queremos por tan-

to probar lo que está ya explícitamente confirmado por el magisterio, por la Escritura (2), en fin, por toda la vida de la Iglesia. Anotamos algunos cuestionamientos de carácter teológico-pastoral que nos parecen de interés.

1.1. Contenido

El primer problema que se plantea es el del contenido. No cualquier contenido puede ser llamado "evangelizador". Son frecuentes los contenidos doctrinales que se reducen a una predicación moralizante, vacía teológicamente, que busca más la "instrucción" que la conversión, si no contiene una incitación a la violencia, o una crítica amarga, o tal vez muestra una actitud de contemporalización con el mundo; el contenido de la evangelización debe contar ante todo del "Kerigma" salvífico primitivo (3) como base para la conversión, la iniciación a la fe, el catecumenado, o la reiniciación de los adultos a la vida y compromiso cristianos (4). El misterio de Cristo, la paternidad de Dios, la salvación por el misterio de Pascua y Pentecostés, forman el núcleo del Kerigma (5). No siempre se encuentra comprendido con toda la profundidad y claridad, y menos, vivido y asimilado en la vida personal y comunitaria.

El re-descubrir el Kerigma básico del evangelio se presenta como una necesidad pastoral. Muchas veces se ha perdido la visión de conjunto fundamental del mensaje cristiano, y se malgasta tiempo y esfuerzo en aspectos secundarios, tal vez de urgencia inmediatista, pero no de profundidad evangélica (6).

Solamente a partir de la evangelización basada en el núcleo central del mensaje evangélico, se podrá luego realizar una catequesis progresiva, sistemática, creciente. Si estas bases faltan, estamos construyendo en la arena.

Podemos anotar algunos aspectos en cuanto al anuncio del Kerigma fundamental:

1) Dios-Amor, el plan de amor de Dios puesto por san Pablo (7) no siempre

está a la base de la predicación ordinaria. No es raro ver que se trata con superficialidad, se toma como cuestión teológica "demasiado difícil" y propia de especialistas, se pasa por encima de ella para entrar a temas "más concretos".

2) El problema del mal y correlativamente el de la salvación traída por Cristo, son también generalmente comprendidos con grandes deficiencias: se minimiza la realidad del mal y del pecado, se quiere ignorar la realidad del demonio y su influencia en la historia del hombre, se buscan soluciones superficiales al problema del mal, como son las soluciones puramente sociológicas, psicológicas, intelectuales o científicas, ignorando la raíz profunda del mal en la realidad del pecado personal y social (8).

3) La salvación no siempre se anuncia y se expone como liberación del pecado y **todas sus consecuencias** (9); no siempre se comprende la dimensión personal profunda de la salvación, abarcando la libertad interior, la salud síquica, moral y física, la libertad de toda acción del pecado y de todo influjo del mal. Así mismo, no siempre se descubren las dimensiones sociales de la salvación y del Reino de Dios, que deben encarnarse en la realidad sociológica humana, del trabajo, de la empresa, de la familia, de las estructuras. No es raro el querer insistir en los aspectos sociales descuidando los personales, y viceversa (10).

4) El sacrificio redentor de Cristo para muchos permanece como un "misterio muy difícil de ubicar" en la vida moderna. El sentido redentor del sufrimiento, del dolor, del trabajo, del esfuerzo humano, no es frecuentemente comprendido ni expresado (11).

5) El contenido neumático del Kerigma es tal vez el más olvidado. El don del

Espíritu, toda su riqueza, su fuerza, su acción en la vida personal y eclesial, ha caído en tanta oscuridad, que al volver a hablar de ello se provocan toda clase de controversias (12).

1.2. Tiempos fuertes de Evangelización

Un segundo punto es la imposibilidad de evangelizar seriamente a una comunidad, únicamente con la homilía dominical. La homilía diaria va siendo cada vez más una práctica pastoral generalizada y la necesidad de dedicar "tiempos fuertes", intensos, a la re-evangelización de las comunidades cristianas, está en la conciencia de todos.

La multiplicación de convivencias, cursillos, retiros, ejercitaciones, es una muestra palpable de ello (13), y busca, en una y otra forma, reiniciar a los adultos en la vida cristiana, llevando a un compromiso consciente de bautizados y supliendo en algún modo el catecumenado.

Creemos que se pueden determinar tres "tiempos fuertes" de Evangelización fundamental.

- 1) El catecumenado o la evangelización del Kerigma básico de la salvación, para llevar a la conversión inicial y asumir conscientemente la vida y las responsabilidades cristianas (14).
- 2) La evangelización subsiguiente a la iniciación, por medio de una profundización global del mensaje cristiano (15).
- 3) La evangelización especializada según las diversas necesidades, carismas, etc. (16).

1.2.1. El Catecumenado

Los movimientos neo-catecumenales son el fruto de la toma de conciencia de la superficialidad de los compromisos cristianos de la mayoría de los bautizados, y de la necesidad de que a nivel de adultos se acepten estos compromisos consciente y maduramente. La acción del sacerdote es indispensable en este primer "tiempo fuerte" de evangelización. A esta necesidad responden las comunidades catecumenales hoy profusamente extendidas; también a su manera, los cursillos de cristiandad, los seminarios de vida en el Espíritu de los grupos de oración carismáticos, etc. (17).

La toma de conciencia de que nuestro pueblo cristiano debe ser re-evangelizado desde la bases, es hoy universal; la masa se ha descristianizado, tan palpablemente, que solamente se puede contar de día en día con más restricción, con aquellas personas que en una u otra forma han sido reiniciadas en su vida cristiana a través de uno u otro de estos procesos de evangelización básica.

Esta responsabilidad debe estar coordinada por el parroquia, o por los movimientos apostólicos, en todo caso por la jerarquía personificada en la acción sacerdotal. De lo contrario no serán poco frecuentes las desviaciones (18).

1.2.2. Crecimiento y profundización

No basta dar a la comunidad de los fieles la leche de los niños, si queremos hacer Iglesia. Es necesario darles el alimento sólido, que hace crecer (19). Una evangelización progresiva, coordinada por el sacerdote es indispensable. De lo contrario corremos el riesgo de dejar siempre en los comienzos a la comunidad eclesial sin llevarla a madurez. Labor pas-

toral no es dejar en eterna niñez a los cristianos, siempre infantiles, pasivos, escuchando sermones, sin jamás aprender, sin jamás llegar a tomar sus responsabilidades cristianas. La labor pastoral debe continuar la labor de Cristo, que no solamente predicó a las masas, sino formó discípulos a quienes "explicó todo" (20), a quienes formó dedicándoles todo el tiempo necesario (21), a quienes "edificó" para que llegaran a ser continuadores de la misma misión que El recibió del Padre (22).

El gran defecto de la pastoral ha sido el no ser capaces de convertir de fieles en apóstoles (23), de niños en adultos, de receptivos en agentes de la pastoral; Desconocer la necesidad, (o estar incapacitados para afrontarla) de contar con una verdadera comunidad de cristianos militantes, apóstoles, multiplicadores, misioneros. Los grandes movimientos apostólicos de los años treinta hasta los años cincuenta (Acción Católica, Legión de María, Equipos de Nuestra Señora, Movimiento Familiar, Cursillos de Cristiandad), rompieron la brecha misionera. Hoy casi todos han venido a menos. Pero el laicado sigue queriendo ser misionero pues está llamado a ello por vocación (24). Si la pastoral de nuestros movimientos y parroquias no logra canalizarlos, estaremos perdiendo la gran oportunidad del futuro, y la evangelización del mundo del trabajo, de lo temporal, de lo político, cuya responsabilidad compete al laicado, no se realizará sino ya tal vez demasiado tarde (25). Aquí la labor del sacerdote vuelve a aparecer en primerísimo lugar, insustituible. La Iglesia no crecerá si no es alimentada por su cabeza sacramental, el pastor, el "padre" de la comunidad. Una evangelización permanente, progresiva, integral, de todo el mensaje cristiano, no podrá ser hecha en la generalidad de los casos, sino por el sacerdote; la cooperación del laicado mi-

sionero está llamada a prestar su servicio sobre todo en la primera y básica evangelización. El crecimiento y profundización es ya más propio de aquél, pues está para ello más capacitado que sus colaboradores laicos (26).

1.2.3. Evangelización Especializada

De nuevo se reclama la presencia del sacerdote al tratarse de la evangelización de grupos especializados, p. ej. matrimonios, jóvenes, trabajadores, campesinos, intelectuales, militantes cristianos, apóstoles especializados en un trabajo concreto, p. ej. el cuidado y atención de los enfermos, etc. El laicado puede y debe estar presente aquí; pero sin la coordinación de la parroquia o de los movimientos apostólicos será imposible una acción ordenada, seria, eficaz (27).

No basta en efecto la reiniciación catecumenal de los adultos, ni su crecimiento espiritual. La Iglesia es un organismo de múltiples funciones, y necesariamente un laicado promovido y maduro desembocará en diversos compromisos apostólicos especializados; diversos ministerios, diversos carismas puestos al servicio de la comunidad eclesial. Es necesario asesorarlos, encauzarlos, dirigirlos pastoralmente. La presencia del sacerdote se hace más indispensable a medida que ascendemos en grado de compromiso apostólico del laicado. Si la primera iniciación puede muchas veces ser hecha por laicos preparados, difícilmente el seguimiento, el "discipulado", el crecimiento; mucho menos la asesoría a grupos especializados, puede llevarse a cabo sin la presencia pastoral del presbítero, del párroco, del responsable de los movimientos apostólicos (28). Lo mismo tenemos que afirmar con relación a la catequesis pre-sacramental y subsiguiente a la administración de los sacramentos (cursos post-matrimoniales

hoy frecuentes en muchas parroquias, etc.).

1.3. Evangelización Universal

El concilio y el magisterio pontificio (29) han sido explícitos en la necesidad de extender universalmente la evangelización. Además de llevar el evangelio a los que "siempre vienen", la Iglesia nos llama a llevarle a los ausentes, a los que "nunca vienen", y aún más, a las otras religiones cristianas y no cristianas; en fin, a todos los hombres. Esta exigencia cuestiona profundamente la pastoral circunscrita a la Iglesia parroquial, al grupo de los conocidos, al pequeño equipo de los comprometidos. Esta evangelización universal reclama todo el tiempo y toda la vida del apóstol (30), y es de una exigencia radical. La pastoral debe ser profundamente revisada en este sentido misionero. No debe impactar más el cupo que queda vacío en la Iglesia, que el número de los que vienen. Si miramos las cifras de asistentes y práctica sacramental, y el porcentaje de los ausentes, no podremos perder tanto tiempo sin dedicarlo a evangelizar. La ayuda de los equipos laicos militantes será siempre insuficiente en esta misión evangelizadora universal (31).

1.4. Profetismo Auténtico

El pueblo de Dios, pueblo sacerdotal, es pueblo esencialmente profético (32):

intérprete de la palabra, de la voz de Dios para desentrañar la razón profunda y providencial de los acontecimientos (33), para dar sentido a la historia de los hombres dentro del designio de Dios. Se ha abusado del concepto de lo "profético", reduciéndolo a una proyección temporalista, horizontal, y al solo aspecto de "denuncia" (34). Evidentemente la denuncia del pecado está intrínsecamente contenida dentro del profetismo, dentro de una visión trascendente e integral del hombre, llamado a una vocación de plenitud humano-divina (35). "El profetismo en Israel, y el profetismo Cristiano son mucho más amplios que la "pura denuncia". Implica toda la vocación evangelizadora de la Iglesia".

Sin embargo no sobra anotar los frecuentes pecados de omisión, los pecados de silencio. Por miedo, por cobardía, por compromisos temporales, frecuentemente se calla, tal vez con la disculpa de evitar peores males. Prudencias humanas no pocas veces? Silencio ante los poderosos, los ricos, los gobernantes. Silencios que aparecen como contemporización con los males y errores: silencios que parecen implicar compromisos con la injusticia, la inmoralidad. Silencios ante errores y pecados ajenos, para que no aparezcan los propios. Silencios de sectarismo, partidismo, compromisos políticos o humanos, Silencio ante el pecado de una clase para subir los tintes de la otra. Silencios que detienen la verdad en la propia injusticia (36).

NOTAS AL CAPITULO PRIMERO

(1) Cfr. *Sínodo 1974 - Cfr. E. N. 5, 6-16; E.S. 82 ss.*

(2) *Hch 6, 4; Mt 28, 19 y paralelos. Rm 10, 8; 1Co 1, 17-21*

(3) *Hch 2, 14, 38; 3, 12, 26; 4, 8, 12; 7, 1. 53; 10, 34, 43; 13, 16; 41; 17; 22-31; 26-19, 27*

(4) *E.N. 51-52 IAC. 207, 241*

(5) *Cfr. nota 3*

- (6) E.N. 27 ss.
- (7) Ef 1, 10 - Cl 1, 16 - Hb 1, 3
- (8) Mt 15, 19; Mc 2, 21; Rm 5, 12; Sb 2, 24; Mt 1, 21; Jn 1, 29; Rm 5, 21
- (9) Rm 6, 20; 8, 2; 6, 16; 6, 12; Ga 5, 1; 1, 4; Jn 8, 32 - Rm 6, 18; 8, 2; 2Co 3, 17; Ga 5, 13 St 1, 25
- (10) Cfr. G.S. 25-32
- (11) 1Co 1, 22; Rm 6 passim; Flp 2, 6-9
- (12) Ga 3, 2; Rm 8 passim; Hch 2, 1ss.; 8, 10-19. 1Co 12, 7-8
- (13) Cfr. P.O. 18. Cfr "Ejercitaciones por un mundo mejor" - Movimiento de Cursillos de Cristianidad. etc.
- (14) E.N. 54. Cfr. Medellín, 6.8
- (15) E.N. 44
- (16) Cfr. Medellín 7, 14-21
- (17) E.N. 58
- (18) Hch 20, 29; Pablo VI 19 Mayo 1975
- (19) Hb 5, 11-14; 6, 1-3; 1Co 3, 2
- (20) Jn 15, 15; Mt 10, passim; 13, 8; Mc 4, 11
- (21) Hch 20, 20-21; 16, 12; 18, 11; Hch 19, 10
- (22) Jn 20, 21; Mt 28, 19; Mc 16, 15; Lc 24, 47; Jn 17, 18
- (23) Cfr. E.N. 76; Medellín 10, 11; 3, 6-19; 5, 17
- (24) Jn 17, 20; 4, 39.1 Pe 2, 9; Lc 10, 1ss; Ap 12, 11; Hch 18, 24
- (25) Cfr. E.N. 10, 11, 74 Apremiante exhortación a la evangelización de Pablo VI
- (26) P.O. 4, 19; Medellín 13
- (27) A.A. 10; L.G. 33
- (28) A.A. 20, 21
- (29) E.N. 49.2.58; L.G. 23; D.V. 7
- (30) 1Co 9.25; P.O. 12; E.N. 5
- (31) Ap 7, 9; Mt 28-19; Ap 5, 9; 11, 9; 13, 7; 14, 6
- (32) 1Pe 2, 9; Hch 2, 17; 11, 27; 13, 1; 1Co 11, 4; 12, 29; 14, 1; Ef 1, 20; 3, 5; Ap 10, 11
- (33) Hch 7, passim; Is 7, 16 ss; Ap 1, 1; Jr 1, 11 ss. Dn 4, 7
- (34) Is 58, 1-9
- (35) G.S. 3-10, 12; Medellín I, 5
- (36) Rm 1, 18

2. HACER IGLESIA EN EL PODER Y LA VIRTUD DEL ESPIRITU

La Iglesia no se hace solamente con la palabra, si ésta no viene acompañada del

poder del Espíritu (1). La palabra del evangelio está intrínsecamente unida del poder y la virtud de Dios (2) cuando es predicada con autenticidad. De lo contrario estará vacía (3).

Re-descubrir el poder del Espíritu es una de las tareas providenciales de la Iglesia; hay un frecuente sentimiento de incapacidad ante los problemas; de impotencia, de derrotismo y pesimismo ante el avance del mal en el mundo, que no se compadecen con la audacia apostólica de la Iglesia. No era menor el mal en los primeros siglos, sin embargo el poder de Dios se manifestó con abundancia. El sacerdote que no ha experimentado el poder de Dios en toda su fuerza se encontrará frecuentemente ante situaciones que no podrá afrontar con firmeza y ante las cuales se verá desvalido. La renovación cristiana en el Espíritu ha sido una corriente de gracia en este sentido de redescubrir el poder del Espíritu en sus múltiples manifestaciones.

2.1. El Poder del Espíritu en la Predicación

Los Apóstoles, llenos del Espíritu Santo, predicaban con valentía y libertad (4). San Pablo pide en sus oraciones la gracia de llevar la palabra con la misma libertad y poder (5): la palabra de Dios "no está encadenada" (6). El poder del Espíritu en la palabra es reclamado frecuentemente como señal de autenticidad cristiana y apostólica (7).

En la acción pastoral es manifiesta la diferencia entre la palabra predicada con la unción, la virtud, el poder del Espíritu, y la palabra desprovista de ello (8). Es frecuente el cansancio del sacerdote ante la predicación: La vaciedad, superficialidad, ligereza. Palabras que no "tocan", no "llegan". Se predica poco y mal. Se improvisa. Se moraliza, se "regaña" con amargura, se critica, se destruye. Se hace mucho mal con la predicación hecha "a lo humano" sin la unción del Espíritu, sin su fuerza ni su poder. Hay a veces orgullo herido, despecho; solamente la palabra pronunciada bajo la dirección del

Espíritu, puede hacer todo el bien que Dios quiere que se haga (9). Es necesario que la acción pastoral crea en la necesidad de buscar esta unción, esta virtud del Espíritu y la encuentre. De lo contrario será poco el bien y mucho el mal que se haga a través de "discursos humanos", hechos "según la carne" (10). Solamente la palabra pronunciada en el Espíritu discierna los corazones, atraviesa el alma y el Espíritu penetra todos los secretos, toca lo más profundo de las fibras del corazón, es capaz de convertir, transformar, purificar al hombre (11).

2.2. El Poder del Espíritu en los Sacramentos

El falso antagonismo entre evangelización y sacramentalización llevó a una pastoral de descuido de la acción sacramental en muchos ambientes. La confesión frecuente ha desaparecido en casi todas las parroquias, y precisamente ha sido el sacramento de la penitencia el "chivo expiatorio" de esta deformación teológico-pastoral; este hecho se extiende también a los demás sacramentos: administración mecánica, ritualista, "cosificada" no es poco frecuente; la deformación alcanza al laicado, que quiere recibir los sacramentos para "cumplir requisitos jurídicos", eclesiásticos y a menudo puramente civiles: "tener sus papeles", contar con el "subsidio familiar", o simplemente "estar en regla". Se impone al redescubrimiento pastoral de las riquezas contenidas en una pastoral sacramental progresiva, seria, pedagógica, profunda; y sobre todo, consciente de las riquezas inmensas contenidas en la virtualidad de la acción sacramental (13).

2.2.1. *Hacia una Pastoral Sacramental Renovada*

La integración de la pastoral sacramental dentro de la evangelización pro-

gresiva es objeto de la actual reflexión de la Iglesia a través del trabajo de las conferencias episcopales, el Sínodo de Obispos, la Conferencia Plenaria del CELAM de 1978 etc. (14).

No nos alargamos por tanto en analizar la intrínseca unidad entre evangelización y sacramentalización. Solamente queremos anotar algunos puntos que nos parecen de interés:

1) Evangelización fundamental, Kerigmática, que busca la conversión, la reiniciación de los adultos a la vida cristiana, debe necesariamente estar conectada con la pastoral bautismal y los sacramentos de iniciación, y esta conexión debe ser explicitada lo más posible: La reiniciación de los adultos debe ser concebida como una **renovación** del sacramento del bautismo o de los sacramentos de iniciación como un todo (15). Por tanto las etapas de la evangelización (kerigmática, catequética, misionera), deben estar ubicadas dentro de un proceso "sacramental"; el proceso catecumenal debe normalmente concluir con la renovación de los compromisos bautismales, (asumidos talvez por primera vez con plena conciencia y responsabilidad), y con la renovación de la confirmación, por medio de la oración que implora siempre de nuevo el Don del Espíritu que es la base del Misterio de Pentecostés. Esta celebración "Pascual" y de "Pentecostés", debe ser el coronamiento del catecumenado y de toda re-iniciación de los adultos a la vida cristiana (16).

2) Así mismo, el proceso de crecimiento y maduración dentro del cual normalmente deben aparecer los carismas del pueblo de Dios, que serán el germen de futuros ministerios laicales ("ordenados" o no), deben concluir con la "misión" oficial de los nuevos ministros puestos al servicio de la comunidad eclesial. Una gama entera de posibilidades litúrgicas y para-

litúrgicas se abre a la pastoral de los ministerios laicales: ministerios de palabra, de asistencia a los necesitados del liderazgo comunitario, de administración, etc. (17).

2.2.2. *Re-descubrimiento de los "Procesos Sacramentales"*

Los sacramentos, como momento "cúlmen" de los procesos vitales del cristianismo, exigen cada vez más también un redescubrimiento de las líneas y etapas de los procesos mismos. El proceso de iniciación, de conversión inicial, de conversiones subsiguientes a mayores exigencias de la gracia; el proceso de renovación y transformación por el espíritu, sus condiciones, su preparación, sus exigencias y compromisos, etc.; el proceso penitencial que abarca al hombre entero, en la necesidad de reconstruir su moral, sus actitudes mentales, sus hábitos, su vida psicológica profunda, su salud y equilibrio emocional, su salud física conectada con todo lo anterior, es objeto hoy de abundantes estudios. Estos procesos de iniciación, de crecimiento, de terapia moral, normalmente están conectados con "momentos" sacramentales: o con la administración misma del sacramento (p. ej. de la penitencia, de la confirmación, de la unción de los enfermos), o con celebraciones para-litúrgicas cada día de mayor importancia y generalmente unidas a otros sacramentos como la eucaristía, centro de toda la vida de la Iglesia y de toda la liturgia. En nuevo ritual, al incluir la celebración de los sacramentos dentro de la celebración eucarística, abre también las posibilidades para incorporar a la eucaristía otras celebraciones no estrictamente sacramentales como la oración por los enfermos, etc. sin pretender atropellar las normas litúrgicas es preciso mirar con profundidad estas nuevas líneas de apertura y estas posibilidades para buscar los cauces li-

túrgicos que les den vía dentro del orden y de la estructura de la vida de la Iglesia (18).

2.3. El Poder del Espíritu en la Vida misma Sacerdotal

El sentimiento de frustración e impotencia ante los problemas que tiene que afrontar el sacerdote en la realidad de la vida moderna, ha llevado a muchos a la desubicación y pérdida de identidad de que tanto se ha hablado y que ha sido objeto de reflexión en todos los niveles eclesiales. Este sentimiento de vacío, esta pérdida de la razón de ser de la vida sacerdotal ha encontrado una respuesta profunda a través del reencuentro del poder del espíritu en la oración personal y comunitaria. Los testimonios son cada día más numerosos, a lo largo y ancho de toda la Iglesia y en las circunstancias más diversas. El desajuste que la vida espiritual del sacerdote ha sufrido frecuentemente, ha encontrado una fuente de respuesta y solución por el entrar a compartir fraternalmente en nacientes comunidades eclesiales de vida, de oración, de trabajo. El reencuentro de la oración infusa; de la oración en grupo, de la ora-

ción por los enfermos físico y sico-morales, el recurso al poder del Espíritu en toda circunstancia y ocasión, ha comenzado a ser un medio providencial de reubicación y de identificación sacerdotal para muchos (19). La literatura es cada día más abundante, tanto en relación con testimonios personales de sacerdotes y obispos, cuanto de reflexión teológica acerca del poder del Espíritu en la vida sacerdotal (20). El retorno al poder del Espíritu ha sido y sigue siendo un camino de superación del legalismo y que ha ahogado muchas vidas sacerdotales; en un siglo que cada día busca más los recursos de los poderes ocultos del espiritismo, la parasicología, la dinámica mental, la magia, la brujería, etc., el reencuentro del poder del Espíritu es un hecho providencial (21).

El redescubrimiento del poder de la oración a nivel de la vida personal del sacerdote, es cada día más la tabla de salvación para muchos que, agotados por el exceso de trabajo pastoral y por el activismo muchas veces estéril e ineficaz, han encontrado de nuevo en la oración, la fuente de poder necesaria para su perseverancia (22).

NOTAS AL CAPITULO SEGUUNDO

- (1) *Hch 1, 8; Lc 24, 49; E.N. 75*
- (2) *1Co 2, 4; 2Pe 1, 21*
- (3) *1Co 2, 14; 2Co 3, 6*
- (4) *1Co 12, 4 ss.*
- (5) *Hch 4, 13-31; 1, 8; 14, 3; Ch. D. 19; G.S. 74*
- (6) *2Tm 2, 9*
- (7) *Mc 16, 17 ss; 1Ts 1, 5*
- (8) *1Ts 1, 5; 2Co 4, 5*
- (9) *Rm 1, 16; 1Co 4, 15; Ga 1, 6*
- (10) *1Co 2, 1 ss; 1Ts 2, 5; 1Co 2, 4*
- (11) *Jn 13, 10; 15, 3; Ef 5, 26*

- (12) Ch. D. 30. *Importancia del Sacramento de la Penitencia*
- (13) *Medellín* 3, 11; U.R. 22; S.C. 6
- (14) Cfr. *Carta del Cardenal Villot a Mos. Romau Alberti Presidente del D.E.L.C. del 12 de julio de 1977*
- (15) U.R. 22; S.C. 66
- (16) S.C. 66; Ch. D. 14; P.O. 6; Pablo VI, mayo 9, Mayo 23 y 6 de Junio de 1973, al proclamar el "Año Santo"
- (17) *Puede verse al respecto: "Renovación pastoral y Nuevos Ministerios" - SPEC, Bogotá, 1975.*
- (18) Cfr. "Celebración de los Sacramentos". P. Isidro Pérez, S.J. P.U. Javeriana - Colección Profesores No. 3
Cfr. P. Michael Scalan T.O.R. "El Poder en la Penitencia" - Aguas buenas, Puerto Rico, 1975.
- (19) S.C. 33; *Medellín*, 11, 20; A.G. 25
- (20) Cfr. H. Lopera: "El poder del Espíritu Santo en el Sacerdote". Bogotá, 1975
Cfr. C. Kusik. "Witnesses of Priests", en "The Lord is my Shepherd" - Annharbor - Michigan
- (21) Cfr. Cardenal Suenens: *Une Nouvelle Pentecote? Desciée 1974. Cap V; E.N. 78; Pablo VI 23 Mayo 1973*
- (22) S.C. 86

3. HACER IGLESIA, PUEBLO DE CONVERTIDOS AL SEÑOR JESUS

El concepto de "conversión" ha sido objeto de recientes y abundantes estudios teológicos y morales. Quisiéramos insistir en algunos aspectos y consecuencias pastorales (1).

3.1. Reencuentro del "Señorío" de Cristo

La teología paulina del "señorío" de Cristo ha gozado de abundante literatura moderna. Las implicaciones para la renovación pastoral son definitivas (2). No es nuevo afirmar que la masa, la gran mayoría de la comunidad católica bautizada sufre un proceso permanente, acentuado, de descristianización. Carece de un compromiso claro y maduro con la persona de Cristo algo abstracto, impersonal y difuso (3). El compromiso con Cristo es personal, nos pone frente a Alguien concreto, sin ambigüedades. No se limita únicamente a la práctica de cualquier

género de amor al prójimo en el cual indiferentemente se "encarnaría" la presencia de Cristo (4). El encuentro con el Señor es algo cuyas características son inconfundibles: Dios no es un espíritu de confusión; es discernible, siempre identificable. La conversión a Cristo incluye características, signos, señales, que distinguen al cristiano de toda otra persona (5).

La pastoral tiene de nuevo que afrontar la necesidad de hacer que todos los cristianos y cada uno como persona individual, con sus propias circunstancias etc., encuentre la persona del Salvador Jesucristo, y haga una opción libre, madura, adulta, por El; acepte su "señorío" en su vida; se rinda a El con todo lo que tiene, con todo lo que es, con todo lo que aspira. Renuncie a todo, es decir, subordine todas las cosas a Cristo, a sus exigencias, a su voluntad soberana (6). Esta condición es indispensable para entrar a ser personalmente cristiano adulto.

Pasar del cristianismo cultural y ambiental, al compromiso personal con el

Señor (7): Mientras nuestra pastoral no afronte esta radical exigencia, estamos manteniendo a nuestras gentes en la superficialidad (8). Aceptar el "señorío" de Cristo sobre nuestra vida implica la aceptación total del designio de Dios sobre cada uno de nosotros: su plan, su voluntad, la vocación que tiene para nosotros. Esto nos hace salir del fariseísmo cristiano de contentarse con la observancia de "la letra", nos hace superar el legalismo, nos desinstala de nuestro estancamiento tranquilo, del marco de "nuestro" programa de vida, "nuestro" horario; nos pone a merced de la voluntad del Señor en una disponibilidad total de las exigencias del Espíritu (10). Entrar a ser guiados por el espíritu, es la consecuencia radical del señorío de Cristo sobre nosotros (11).

3.2. La Inconsciencia de Pecado

Una acción pastoral sana necesariamente debe llevar a la toma de conciencia del propio pecado personal y comunitario (12). La inconsciencia del pecado (13), es uno de los grandes males de nuestra época; por reacción pendular hemos pasado del rigorismo heredado del jansenismo, al relativismo moral, al laxismo, no solo a nivel del laicado sino a nivel del teólogo, lo que es grave para la Iglesia. La misión profética ha sido siempre la de ser la conciencia del pueblo, iluminada por la luz de Dios (14). Conciencia auto-crítica indispensable para juzgarse a sí mismo y no ser "condenado con el mundo" (15). Cada época tiene sus permisiones, sus justificaciones, sus pensadores que buscan "canonizar" los pecados de moda: hoy tenemos los canonizadores de actitudes tan antievangélicas como la violencia, la ambición del poder temporal, el odio y lucha de clases, la revolución armada, la envidia, el rencor, el asesinato, la mentira, la traición como método (16).

Otros justifican las prácticas espiritistas, ciertas pretendidas "parasicologías", la adivinación, la quiromancia, etc. (17). Otros, la injusticia estructural de ciertos gobiernos, empresas económicas, empresas multinacionales (18). Cada pecado tiene sus filósofos, sus defensores, sus apologetas.

Mientras no hagamos pastoral lúcida, capaz de hacer tomar al pueblo conciencia de sus pecados, estaremos siendo ciegos guías de ciegos (19). Una pastoral de conversión presupone intrínsecamente esta conciencia clara de pecado, que es obra del Espíritu (20).

3.3. Conversión-Renovación

Muchas veces una pastoral "voluntarista", ha insistido tanto en que la conversión es el fruto de la "fuerza de voluntad", que ha desembocado en un neopelagianismo práctico que sólo puede conducir al fracaso espiritual. Es necesario regresar a la pneumatología paulina (21) de la renovación por obra del Espíritu (22).

De lo contrario estaríamos reproduciendo una situación parecida a la del Antiguo Testamento (23) cargando un peso intolerable sobre las almas sin poder llevarlo por ignorar la fuerza del Espíritu (24). El aporte de los movimientos pneumatológicos de los últimos 10 años, en el seno de la Iglesia católica, nos ha hecho tomar de nuevo conciencia de la necesidad del poder transformador del Espíritu para la conversión, el cambio y progreso de los cristianos. Nos ha enseñado la humildad de saber que no es el hombre quien puede cambiar al hombre, sino solamente Dios (25). Nos ha llevado a un regreso a las promesas del Espíritu (26), la oración humilde y permanente (27), y por tanto a la experiencia de la acción de Dios en las almas, con

toda su fuerza, sus manifestaciones, sus dones y carismas. Este hecho trascendental en la vida de la Iglesia, mirado con escepticismo por unos, con irónica sonrisa por otros, está llamado a revolucionar toda la acción pastoral de la Iglesia, si queremos hacer de ella un pueblo de cristianos convertidos no por su propio propósito y voluntad, sino por la acción del Espíritu (28). Solamente El puede "arrancar del corazón de piedra y dar un corazón nuevo", arrancar el espíritu del mal y dar "un nuevo espíritu", solo El puede hacer "hombres nuevos": Sólo el Espíritu hace la Iglesia (29).

3.4. Conversión a la Comunidad

Otro paso que la pastoral de nuestros tiempos ha dado, es el de renovar la conciencia de que es imposible convertirse al Señor sin incorporarse a una comunidad cristiana, donde hay personas concretas a quienes amar, con quienes compartir, convivir. La dimensión inhumana de la ciudad, fruto de la urbanización que presenciarnos en nuestros territorios latinoamericanos, el fenómeno de la indus-

trialización, de la desacralización, hace necesaria cada vez más la comunidad concreta como "medio vital", "clima" indispensable fuera del cual es moralmente imposible vivir cristianamente, perseverar, crecer. La insistencia de la última década sobre la pastoral de las comunidades eclesiales de base (30) es una expresión de esta necesidad sentida. Los grupos de oración, de profundización cristiana, los equipos de matrimonios etc. son una visualización de esta existencia de compartir, de comunicación, de convivir en profundidad, en justicia y caridad (31). Convertirse vuelve a ser entrar a ser miembro de una familia cristiana (32), aceptando todo lo que ella da y exige. Una pastoral que no dé este paso, que no salga de lo masivo-individualista, a lo comunitario-personalista, no estará respondiendo al evangelio. La pastoral masiva en donde el anonimato es uno de los grandes males, con todas sus secuelas de falta de compromiso y de responsabilidad, es superada cada día más por la pastoral comunitaria personalizante, en donde cada uno es indispensable, hace falta, es conocido y amado "como es", con todas sus consecuencias (33).

NOTAS AL CAPITULO TERCERO

- (1) Cfr. L.G. 11; S.C. 9; P.O. 4; A.G. 13
- (2) Rm 1, 4; 1Co 12, 3; D.V. 7
- (3) 1Co 13, 3; E.N. 32-36
- (4) Mt 25, 40-41
- (5) Mc 16, 17. Ga 5, 22
- (6) Lc 14, 26 ss.; Mt 10, 37; Hch 20, 22
- (7) Hch 22, 9; Medellín 6, 8
- (8) Cfr. E. N. 4, 36, etc.; Hb 5, 11-14; 6, 1-3
- (9) Ga 1, 15
- (10) Hch 20, 22; Rm 8, 5
- (11) Rm 8, 14; 2Co 3, 17
- (12) Hch 19, 18; 2, 38; Medellín 2, 1-7

- (13) *G.S. 16-73*
- (14) *Mt 5, 14-16*
- (15) *1Co 11, 32*
- (16) *Rm 1, 29; Ga 5, 20*
- (17) *Hch 19, 19; Ga 5, 20*
- (18) *G.S. 84-90*
- (19) *Lc 6, 39*
- (20) *Jn 16, 8-9; Hch 2, 37; 19, 19*
- (21) *Rm 8 passim; 1Co 13, 14 passim*
- (22) *Ga 3 passim; Ez 36, 26*
- (23) *Rm 7, 6 ss.*
- (24) *Hch 15, 10; Jn 15, 5; Ez 37*
- (25) *Ez 36, 26; 11, 19; Jer 4, 4; Ga 5, 22; 1Jn 3, 23*
- (26) *Jn 14, 16-18; 16, 5 ss.*
- (27) *Lc 18, 1-8; Mc 11, 24*
- (28) *Ex 37 passim. 36, 26 ss.*
- (29) *1S 29, 13; 1S 10, 6-9; Ez 36, 26; E.N. 75. Pablo VI; Cfr. Nota 16 del C. II.*
- (30) *Hch 2, 42-47; Medellín 15*
- (31) *Hch 2, 45; 4, 32-35; Col 4, 15; Flp 4, 21*
- (32) *Jn 11, 52; Hch 2, 42; 4, 32*
- (33) *Cfr. Rm 16 passim 1Co 16, 19; Flp 4, 21*

4. HACER IGLESIA, COMUNIDAD CULTURAL

También nuestros horizontes se abren a la acción pastoral, en la renovación de la vida de oración, la vida litúrgica, la vida eucarística. Inmensos aportes enriquecen de día en día la vida eclesial (1):

Notable progreso a la oración personal diaria, perseverante; a la oración litúrgica; búsqueda de autenticidad en la celebración eucarística, con todas sus consecuencias en el campo de la caridad, de la justicia, de la reconciliación y la unidad (2).

4.1. Búsqueda de una Espiritualidad Pastoral

El resquebrajamiento de los moldes monásticos de espiritualidad, bajo la fuerza del cambio de ritmo de vida del sacerdote, ha producido por una parte el abandono -en algunos- de un esfuerzo serio de vida espiritual y en otros, la búsqueda de una espiritualidad que dé unidad y armonía a la vida del sacerdote (3). Pasamos del marco y de la estructura de una vida espiritual de características monacales, a una espiritualidad "pastoral", más concorde con las líneas paulinas y neotestamentarias (4). Una vida espiritual fundamentada a menudo en las

“prácticas”, es reemplazada por una vida centrada en el Espíritu. De la fidelidad a un horario, a un programa de vida, frecuentemente calcado en la vida con-ventual, se pasa a la fidelidad a las exigen-cias siempre variantes de la caridad pas-toral, a la disponibilidad a los hermanos, a la docilidad y fidelidad a las insinuaciones de la gracia. El Concilio Vaticano hace eco a estas circunstancias, y reconoce que no es el marco exterior el que puede dar unidad a la vida sacerdotal, sino la fide-lidad a la voluntad de Dios (5).

Una espiritualidad pastoral que no excluye las prácticas, pero que no se centra en ellas sino en el Espíritu; que integra en toda la vida sacerdotal las lar-gas horas de confesonario, la oración personal o de grupo, la administración de los sacramentos, el trabajo de oficina, el estudio, informándolo todo de la pre-sencia del espíritu, de la caridad apostó-lica, es una necesidad primordial en la vida sacerdotal. Sin esta espiritualidad unificadora el cansancio de la dispersión, la superficialidad, la falta de sentido de muchas actividades, acabará por arruinar la vida del sacerdote (6). El oficio divino ha sido también una de las víctimas del desajuste espiritual; la necesidad de reen-contrarlo, no solo en sus aspectos jurí-dicos sino en la vivencia comunitaria de la asamblea orante (7), en la oración con el pueblo de Dios, en un ambiente menos legalista y más vital, se manifiesta cada día más: son muchas las parroquias que han renovado la oración litúrgica de las horas, diariamente, en forma comunita-ria, con enormes beneficios. Los grupos de oración p. ej., han sido una escuela no solamente para los laicos sino para mu-chos sacerdotes. La oración que inunda y abarca la vida entera, comienza a ha-cerse presente en la vida cristiana y en la vida sacerdotal cada vez más frecuen-te. El estímulo del laico ha sido en este

sentido definitivo. El redescubrimiento de la “alabanza” tan olvidado en los tiem-pos en que se insistía sobre todo en la oración “mental” y en la “meditación”, dando un carácter marcadamente intelec-tual a la oración, ha liberado a muchos de este encierro, y ha abierto horizontes de renovación espiritual (8). Así mismo el regreso a la Biblia, como parte integral y esencial de la vida cristiana, ha sido de enorme beneficio en la vida de muchos sacerdotes, que, superando el intelectua-lismo crítico con que muchas veces se afrontaba la lectura de la Escritura, han regresado a una lectura ungi-da por el Espíritu, de más profundidad de fe (9).

4.2. Hacia una mayor Autenticidad de la Vida Eucarística

Otra línea que marca profundamente la renovación eclesial, es la búsqueda cada día más frecuente de autenticidad de la vida y de la celebración eucarística (10), con todas las exigencias que ello im-plica:

4.2.1. Eucaristía y Reconciliación (11)

El contexto eucarístico de la reconciliación evangélica es vivido con mayor exigencia; reconciliación difícilmente exi-gible en una comunidad demasiado nume-rosa, es más fácilmente practicada y bus-cada, a nivel de las pequeñas comunida-des nacientes. La inautenticidad de la celebración eucarística dentro de un mar-co de divisiones, rencores y críticas, no puede permanecer en un ambiente que busca una vivencia cristiana. Las misio-nes populares enfocadas en este sentido, en zonas de violencia y de luchas parti-distas y políticas, han sido de incalcula-ble beneficio.

4.2.2. Eucaristía y Justicia

Sin hacer énfasis en actitudes a veces demagógicas, es necesario hacer de la eucaristía una celebración que cristalice actitudes de justicia, y que lleve a un mayor compromiso en esta línea. El compartir del mismo pan es la fuente de compartir la misma vida, los mismos trabajos, los mismos sufrimientos (12). Las exigencias de justicia y caridad que manan de la Eucaristía han llevado a muchos cristianos, laicos y sacerdotes, a comprender la necesidad de compartirlo todo comunitariamente y han sido fuente de nuevas comunidades eclesiales, muchas de las cuales están llegando a compartir hasta sus bienes económicos, su trabajo, su vida entera, a imagen de las primitivas comunidades cristianas que nos muestran los Hechos de los Apóstoles (13).

4.2.3. Eucaristía y Trabajo

La consagración del mundo del trabajo (14), es también un reencuentro de nuestros días. El sentido "redentor", reparador, constructivo, del trabajo, a la luz de una eucaristía renovada, informa cada día más la lucha diaria y el sufrimiento por la búsqueda del pan de cada día de muchos cristianos. El esfuerzo por el desarrollo y la liberación de las dependencias, adquiere una dimensión trascendente del integrarse en una vida eucarística seria y profunda. La lucha de nuestros pueblos subdesarrollados, dentro del esfuerzo pacífico por encontrar la plena realización humana y cristiana, debe encontrar en una vida eucarística su sentido más profundo.

4.2.4. Eucaristía y Sufrimiento

El dolor humano, el sufrimiento, en forma consciente, debe ser incorporado al sacrificio único de Cristo, para que

encuentre su pleno sentido co-redentor, "completando en nuestra carne lo que falta a la pasión de Cristo, por su cuerpo, que es la Iglesia" (16). Parte esencial de toda pastoral eclesial es revelar el sentido salvífico del dolor humano, unido al sacrificio de Cristo. Fuente de la inmensa redención para el mundo de hoy será el lograr que el dolor de nuestras gentes sea ofrecido en oblación y sacrificio al Padre, con Cristo. Una misión de Evangelización en este sentido es esperada y necesaria.

4.2.5. Eucaristía y Unidad

Un punto muy sentido y buscado es el de la creación de la unidad en la asamblea cristiana. Siglos de individualismo han dejado la tarea de una participación eucarística desentendida de la comunidad, del vecino, de "los demás". El cumplimiento de la obligación de la misa dominical ha sido y sigue siendo para muchos, el cumplimiento de una obligación jurídico-moral, sin sentido de asamblea sin experiencia comunitaria ninguna, sobre todo en las ciudades pero también en las áreas rurales. El reencuentro de la asamblea cristiana, de la comunidad cristiana en el amor, de la solidaridad mútua, es una necesidad y una responsabilidad imperante (18). No es posible permanecer siempre celebrando la eucaristía para un anonimato irresponsable ante los hermanos, y que permanece en un completo desinterés por el "otro". No es posible celebrar siempre la eucaristía en donde la comunidad cristiano no existe, y solamente hay un conglomerado de individuos egoístas, aislados, desinteresados. No es posible que nuestras parroquias sigan siempre dando el escándalo de un individualismo exasperante; la creación de comunidades cristianas, en donde todos se conozcan, se amen, se sirvan; en donde se comparta y se conviva. en donde haya un clima de caridad, de amor, de ayuda mutua; en

donde se viva la experiencia de la Iglesia, es una exigencia para el sacerdote (19).

4.2.6. *Eucaristía y Conversión Personal* (20)

Otra gangrena de nuestra vida eucarística ha sido por años, la vida falsa de muchos cristianos, que, manteniendo las prácticas sacramentales, la comunión frecuente, los "primeros viernes", etc., mantienen también al mismo tiempo actitudes egoístas, individualistas: divisiones, sectarismos, injusticias en la empresa industrial o agraria; en fábricas o haciendas: en el trato con el servicio doméstico; orgullo, críticas, murmuraciones etc., conviven con la comunión diaria o frecuente de muchos cristianos y de muchos sacerdotes. Es la exigencia de conversión, de

cambios de actitudes, de maneras de pensar y de vivir. La juventud, especialmente sensible ante la hipocresía encuentra un motivo de escándalo en la inautenticidad de muchas celebraciones, cuando falta la verdadera conversión del corazón (21). El falso presupuesto de que todos, o la mayoría de quienes asisten a las celebraciones eucarísticas, son cristianos convertidos, nos crea la ilusión del "número"; iglesias llenas, práctica religiosa de un índice alto, grandes comuniones generales en las fiestas, etc., nos engaña al comprobar que el compromiso de conversión es demasiado pobre (22). Una pastoral que busca aumentar el número de comuniones, más que el cambio de actitudes, es una pastoral vacía en sus cimientos, y desgraciadamente se practica con frecuencia.

NOTAS AL CAPITULO CUARTO

- (1) *Cfr. Pablo VI, Mayo 19, 1975, en la Audiencia General*
- (2) *Mt 5, 23-24; 1Co 10, 17; Jn 13, 14*
- (3) *Lc 10, 14; Cfr. P.O. 14*
- (4) *2Tm 4, 1-5*
- (5) *Cfr. P.O. 14*
- (6) *Lc 10, 41; P.O. 14*
- (7) *Hch 2, 40*
- (8) *Ef 1, 6 ss.; Hch 16, 25*
- (9) *2Tm 3, 15; 3, 16*
- (10) *1Co 11 passim; P.O. 14*
- (11) *Mt 5, 23*
- (12) *1Co 10, 17*
- (13) *Hch 2, 42; 4, 32*
- (14) *2Ts 3, 10; 11; G.S. 67*
- (15) *Cfr. L.G. 31; S.C. 2*
- (16) *Ci 1, 24*
- (17) *Cfr. G.S. 18*
- (18) *1Co 10, 17; Hch 2, 42*
- (19) *Ch. D. 30 par 2; Medellín 6.12, 14; 13, 33; 15, 4; 1, 17; 4, 8, 10, 3; 15, 10; 15, 13; L.G. 3; 7; G.S. 38*

(20) *1Co 11, 28; 10, 32*

(21) *1Co 11, 18; E.N. 76*

(22) *Jn 2, 24; Ap. 2, 4; 3, 2; 3, 15; Medellín 6, 1 ss.*

5. HACER IGLESIA-COMUNION

Llegamos al aspecto más visible de la pastoral, y al más esperado por nuestra generación, especialmente por la juventud: hacer Iglesia, comunidad de unidad, de justicia, de amor (1). La formación de los seminarios no siempre ha favorecido la preparación para ser formadores de comunidad. Se mantiene la espiritualidad dentro de una tónica de individualismo; no es raro ver sucumbir y ahogarse las vocaciones, en el seno de una comunidad donde todos se ignoran, son anónimos bajo el mismo techo. Estamos lejos de las primitivas comunidades cristianas, que perseveran en la oración en común, en la caridad, en la comunión de bienes, en la vida eucarística compartida en profundidad (2).

5.1. Unidad en la Capitalidad Sacramental

La unidad fundamental del presbítero debe ser con el obispo, con el Romano Pontífice. Del obispo recibe la capitalidad sacramental que lo constituye sacerdote, y con él forma una sola unidad (3). La unidad obispo-presbítero exige actitudes correlativas, de apertura, de caridad, de justicia (4); de diálogo institucionalizado en estructuras de corresponsabilidad que no queden en puros decretos sino en realidades de vida. Los consejos presbiterales y pastorales, los capítulos, los comités de trabajo, los equipos pastorales, canalizan en la vida diaria la unidad entre el obispo y el presbítero (5).

Pero no basta la unidad a nivel estructural; es necesaria a nivel personal de

apertura, mutuo conocimiento y aprecio que supere recelos, desconfianzas, prejuicios, inhibiciones (6). La actitud de muchos obispos al fomentar el encuentro informal y pastoral con cada sacerdote, para compartir en profundidad su vida y su trabajo, es medio insustituible para hacer que la unidad no sea una frase más. Desgraciadamente no siempre es fácil este encuentro personal, sin barreras, por múltiples factores: diócesis demasiado grandes, exceso de trabajo, dispersión de actividades (7).

El sacerdote necesita tiempo para ser oído, conocido en profundidad, apreciado en lo que es, valorado. No quiere ser tratado como un empleado más, tampoco como un "súbdito". Quiere sentirse colaborador en la unidad de objetivos, planes, ideas, pensamiento. La obediencia de "subordinación" necesita convertirse en obediencia de "coordinación". La "sumisión", en "colaboración" (8).

A su vez, el obispo necesita integrar la pastoral orgánicamente. Esta unidad se siente como una exigencia para que la vida sacerdotal tenga el "clima" y el ambiente necesario para su perseverancia y para su equilibrio espiritual (9).

5.2. Unidad en la Fraternidad Sacramental

La fraternidad sacramental (10), debe también expresarse en la vida. No es por desgracia poco frecuente la desunión, el aislamiento, la soledad sacerdotal. Sin embargo hay progreso y valores notables: el fortalecimiento de las vicarías foráneas, arciprestazgos; la consolidación de la pas-

toral de conjunto; los equipos sacerdotales, etc., comienzan a dar frutos. Hay que superar todavía muchas desconfianzas, acusaciones, críticas, divisiones. No es raro encontrar grupos que se radicalizan, se cierran sobre sí mismos, se excluyen unos a otros. Estas divisiones han cobrado sus víctimas en la deserción de muchos, dolorosamente (11). Falta todavía mucho diálogo, la caridad operante con el hermano necesitado o en problemas; es necesario aprender a conocerse y valorarse en las diferencias de temperamento, de enfoques, de carismas. Aprender a unificarse sin imposiciones ni uniformidades; unidad en la diversidad también aquí necesaria (12). Las críticas han amargado a muchos, han producido heridas a veces profundas que destruyen para toda la vida a sacerdotes. Se teme el diálogo, se mantienen relaciones puramente exteriores, aparentes, cuando en el fondo se sabe que hay desconfianza, condenaciones. El pesimismo, descuido, desinterés ante las iniciativas y trabajos de los otros sacerdotes; el "parroquialismo" exacerbante a veces, hasta el punto de que todo aquello que queda fuera de los límites jurídicos de "mi" parroquia, no interesa; el individualismo pastoral y la falta de espíritu de equipo y colaboración: el amor propio que lleva a mirar con disgusto los éxitos ajenos; el espíritu de competencia y hasta de envidia. La desunión, división "in infinitum" entre muchos sacerdotes y en muchos ambientes del clero, llevan naturalmente a la esterilidad pastoral cuando no a la deserción o a la rutina; a la amargura de muchas vidas sacerdotales, por rivalidades secretas y dolorosas.

Una conversión del sacerdote hacia el hermano sacerdote, es de urgente y primordial importancia (13). Integrarse en equipo; darse la mano en los momentos de problema y necesidad; no abandonar al que tambalea; compartir en profundidad la vida espiritual, intelectual.

apostólica, el dinero, los sufrimientos, los trabajos. Crear un presbiterio que encarne de verdad la fraternidad sacramental (14).

5.3. Unidad en la Paternidad Sacramental

No basta la unidad con el obispo y con los hermanos sacerdotes. Se necesita la unidad que brota de la paternidad eclesial, sacramental, del presbítero, con relación a la comunidad que le es encomendada. Muchas veces se busca la comunidad de los hermanos sacerdotes, huyendo de la comunidad de los fieles; es necesario que el sacerdote comprenda el sentido de paternidad para encontrar su ubicación, su identidad, y por tanto su perseverancia (15).

Hacer Iglesia es hacer una comunidad formada por personas concretas, conocidas, amadas, incorporadas a una comunión fraternal en Cristo, por obra del Espíritu, bajo la paternidad de Dios (16). Hacer Iglesia no es bautizar miles de miles de seres sin comunión. Muchas parroquias no lo son sino jurídicamente. Dejaron de ser comunión de comuniones entre los cristianos. Muchas energías sacerdotales se han quemado construyendo templos, hoy vacíos: olvidando hacer Iglesia con piedras vivas (17). San Pablo recorrió el mundo de su época formando comunidades eclesiales. La masificación, la descristianización, la explosión del urbanismo, han diluido muchas parroquias que ya no pueden llamarse "comunidades eclesiales", sino conglomerados anónimos (18).

La búsqueda pastoral de la Iglesia ha reaccionado ante este hecho y los últimos años de evolución eclesial, nos muestran aportes verdaderamente valiosos en este campo; la brecha abierta por las comunidades eclesiales de base; la multiplicación

de comunidades de oración, y de grupos de estudio bíblico; los consejos parroquiales y comités de evangelización; los equipos de matrimonios; en fin, una florescencia de ensayos de vida comunitaria aparecen en toda la Iglesia de hoy (19). Algunos tanteos han tenido éxito, otros han desaparecido, pero todos van abriendo un nuevo camino de cristiandad comunitaria.

Esta búsqueda responde además a la disolución de la parroquia tradicional bajo la acción desmembradora de las ciudades: las parroquias de las grandes urbes han dejado de tener cohesión humana; parroquias donde la gente solamente pasa la noche (parroquias "dormitorio") porque trabaja, estudia, se divierte, compra, etc., siempre fuera, en otras zonas de la ciudad. Parroquias "estación de servicio", donde se atiende la fila interminable de gentes desconocidas que pasan en búsqueda de una ayuda o de la recepción de los sacramentos; parroquias de zonas comerciales donde nadie vive y durante el día las calles están llenas. Parroquias de zonas de fábricas donde los trabajadores dependen de empresarios desconocidos, que viven en otros barrios o ciudades; donde no hay ninguna cohesión entre los vecinos. La parroquia urbana muestra su incapacidad de afrontar muchos problemas, que exigen soluciones distintas. Pensar que la parroquia tradicional lo soluciona todo, hoy, es cerrar los ojos ante la realidad. Comienza a surgir la necesidad de nuevas estructuras parroquiales (20): parroquias personales, parroquias de empresa industrial, parroquias que reúnen gentes que aunque vivan en sitios muy diversos, están unidos por vínculos de intereses comunes, de trabajo común etc. Nuevas estructuras, piden una estructura cristiana que las informe, les de alma y vida; la posibilidad de parroquias personales, más que territoriales, comienza a

ser vista no sólo como una posibilidad sino como una necesidad.

También la explosión demográfica ha convertido a pequeñas parroquias en monstruos gigantescos inmanejables, parroquias de cien, doscientos, o trescientos mil habitantes, en las grandes metrópolis. Las comunidades eclesiales de base comienzan a ser una respuesta casi universal a esta realidad pastoral: comunidades eclesiales geográficas (barrios, veredas, etc.), o ambientales; equipos apostólicos, grupos de oración, grupos de intelectuales, de trabajadores, de jóvenes, etc. Estas comunidades, unidas a la Iglesia parroquial y no subterráneas ni puramente laicales, forman el armazón de nuevas parroquias que aparecen ya no como una comunión etérea sino como una comunión de comuniones, de grupos que tienen profunda solidaridad y cohesión, en donde la persona encuentra el clima vital necesario para compartir en profundidad y convivir su experiencia cristiana (21).

Reaparecen las comunidades "primitivas", inspiradas en los Hechos de los Apóstoles. Estas comunidades, multiplicadas, comienzan a su vez a ser germen de vocaciones ministeriales sacerdotales y laicales (22); devuelven la dimensión personal a la Iglesia, y se convierten en el medio indispensable de perseverancia para los cristianos: es la comunidad la que salva, sostiene, fortalece, exige; la convivencia comunitaria se convierte en el primero e inmediato "director espiritual" del cristiano, y es allí en donde aprende a abrirse a los hermanos para compartirlo todo, para entrar en comunión de bienes espirituales, intelectuales, materiales (23).

Muchos procesos y caminos se han intentado para realizar las comunidades eclesiales. Algunos han preferido partir "del hombre" y de la solidaridad huma-

na, para desembocar a través del mutuo conocimiento (dinámicas de grupo, conviencias, etc.) en la comunidad específicamente cristiana (24). Otros han preferido el camino inverso; partir de la conversión de las personas, a través de la oración y la renovación de vida, para desembocar en la comunión fraternal explícita. Ambos caminos pueden ser válidos en diversas circunstancias. Sin embargo este segundo proceso es universalmente válido, como lo muestra la experiencia (25).

La conversión a la comunidad cristiana, que integra sacerdotes y laicos, es también una exigencia para el presbítero; no se puede invitar a formar comunidad a los laicos, cuando no estamos dispuestos a hacerlo nosotros con ellos. No se hace una comunidad "in distans". Es necesario comprometerse, entrar a compartir la vida sacerdotal. De lo contrario sería no sólo inútil sino imposible intentar formar comunidades "desde lejos", sin compartir y convivir la experiencia cristiana con la comunidad (26).

5.4. Unidad en la Justicia

La conversión a la Justicia implica cambios de actitudes:

5.4.1. Libertad interior ante la Riqueza

Desgraciadamente no es raro ver que esta libertad falta; se buscan excusas, se aceptan compromisos lucrativos, se da prioridad a los que producen dinero. La ganancia "justifica" múltiples actividades, y a ella subordina la acción pastoral. Se busca asegurar el futuro, una pensión, una jubilación. La conversión a la justicia implica la liberación interior (27), que lleve al sacerdote a un efectivo desprendimiento de los bienes económicos, con la inseguridad que ello comporta para el futuro, y la consiguiente confianza en Dios y en la Providencia.

5.4.2. Liberación de lo "Superfluo"

No es frecuente el predicar la recta concepción sobre la pertenencia de los bienes "superfluos" (28), los cuales, precisamente por no ser necesarios, exceden el derecho de propiedad privada y "pertenecen" a quien justamente los necesita. Una gran omisión y silencio hay en este punto. Todo lo consideramos como "necesario"; ya nada es "superfluo". No se le predica muchas veces porque no se le quiere practicar.

5.4.3. Conversión a la Solidaridad Universal

Tomar como propias las necesidades ajenas, comprender que la necesidad de los hermanos es la medida de nuestras obligaciones y deberes; que derechos y obligaciones son correlativos; que la indigencia ajena no puede permanecer al lado de la abundancia superflua, ni esta al lado de aquélla impunemente; que la abundancia de unos está llamada a socorrer la necesidad de otros; que los bienes son esencialmente sociales y que la primera función de todo lo creado es el bien de la persona, cualquiera que sea; que retener lo que otros necesitan, inútilmente, es desconocer la función social de la propiedad (29). Entrar en una actitud de solidaridad universal, de conversión a la angustia ajena, a la necesidad del hermano; comprender que no hay problema de hombre alguno que nos pueda dejar indiferentes y pasivos, que es necesario hacer todo para que todos los hombres alcancen la plenitud a la cual Dios los llama; que el aceptar la injusticia por evitar problemas, sin denunciarla, es muchas veces aprobarla culpablemente (30).

Esta actitud de solidaridad es sensible entre nuestro pueblo; el la capta en el sacerdote y en las actitudes de la Igle-

sia. El pueblo no quiere sólo doctrina, sino actitudes de solidaridad y de justicia. Defensa de los menos favorecidos, de los desamparados. Respaldo a los desposeídos. No se nos critica por ser cristianos, sino por no serlo de verdad (31).

5.4.4. Liberación de Falsos Idolos y Ambiciones

La sociedad de consumo ha impuesto valores aparentes y esclavizantes para la sociedad: el "confort", el prestigio social, el predominio económico, la comodidad, la facilidad que ofrece la automatización, la esclavitud de las diversiones y de las distracciones; "disfrutar", "tener más", "poder más", "dominar", etc. La conversión a la justicia exige una liberación de todas estas idolatrías, para entrar en una concepción cristiana de la justa pobreza, del tener lo "suficiente" (32), del compartir con los hermanos todo lo que se es y todo lo que se tiene, abrirse a actitudes comunitarias liberadas del egoísmo (33). Hacer comprender que las exigencias del evangelio son comunes a pobres y a ricos: no hay dos evangelios: uno de exigencias de amor, predicadas con odio a los ricos; y otro de condescendencia en el odio, predicada con amor a los pobres. Sólo hay un evangelio, el del amor, el renunciamiento, el compartir de la caridad; los ídolos de la ambición están en el corazón del rico y del pobre, que es a veces solamente un rico en potencia, un rico sin dinero, un rico de corazón. El renunciamiento para compartir todo lo que se tiene es una exigencia para todos (34).

5.4.5. Conversión a los Verdaderos Valores del Evangelio

La "canonización" de antivalores, contrarios al evangelio, es frecuente; es necesaria una conversión a los auténticos valores del evangelio: la caridad ope-

rante, el amor sincero interior y exterior, con obras y de verdad; el preferir la necesidad del prójimo al derecho privado de propiedad; la vivencia de la fraternidad, los consejos evangélicos (35); la mansedumbre, el perdón, la paciencia, la humildad; el servicio a todo hombre como a un hermano. Los consejos evangélicos son considerados por muchos como puras figuras literarias, imposibles de realizar. Es necesario volver a ellos.

5.4.6. Conversión a la Comunión de Vida

La perfección de la caridad se cristaliza en la vida comunitaria (36), en la cual "nada de lo que se posee se considera como propio, sino todo se tiene en común" (37). La justicia se vive en plenitud a través y dentro de la comunidad cristiana. No es una utopía, sino un ideal evangélico y una llamada del Espíritu a la Iglesia (38). Es necesario crear comunidades de vida, por todas partes en todo lugar en todos los ambientes: en la empresa industrial o comercial; en el grupo de recreación y descanso; en el barrio y con la vereda; en el equipo de trabajo y de apostolado. Solamente en la comunidad se asegura ordinariamente la perseverancia (39). Comunidades laicales y jerárquicas al mismo tiempo: constituyen una gran esperanza para la Iglesia (40). Cuando las empresas se convierten en verdaderas comunidades de vida cristiana, el mundo del trabajo se transformará. Depende de nuestra audacia, de nuestra fe, de nuestra confianza y docilidad al Espíritu. Es todo el mundo empresarial el que debe ser transformado (41); es uno de los más grandes desafíos que esta época plantea al Evangelio y a su poder transformador: hacer de nuestras empresas no solamente instituciones que pagan el salario justo; ni solo los subsidios y prestaciones legales; sino empresas en donde

se ha llegado a la participación de beneficios, a la gestión a la copropiedad, com-

partida justamente, cristianamente, en el amor.

NOTAS AL CAPITULO QUINTO

- (1) *Jn 17, 21-26*
- (2) *Hch 2; 3, 4 passim*
- (3) *P.O. 2.4.5.7*
- (4) *Cfr. Pablo VI: Discurso de apertura de la II Asamblea del CELAM Agosto 24 de 1968. Bogotá (Ed. Paulinas, pg. 59-60*
- (5) *Cfr. Medellín 11, 14.23; 15, 8; 13, 23*
- (6) *Cfr. P.O. 7 Medellín 11, 15-23; 15, 18*
- (7) *Cfr. P.O. 7; 3.*
- (8) *Cfr. P.O. 7; Directorio Pastoral de los Obispos: 33.107.110.115*
- (9) *Cfr. P.O. 9*
- (10) *Cfr. P.O. 8*
- (11) *Cfr. Medellín: 11, 5-11; 13, 2-5; 15, 4*
- (12) *Rm 12, 4; 1Co 12, 12-27; 12, 4*
- (13) *Cfr. P.O. 8*
- (14) *Cfr. Directorio Pastoral de los Obispos 109.190*
- (15) *P.O. 9, Medellín 15, 11; 15.4; 11, 6; 6, 21*
- (16) *Ef 1, 1 ss.*
- (17) *IPe 2, 4-5*
- (18) *Cfr. Medellín 15, 7; 6, 13; E.N. 23*
- (19) *Cfr. Medellín 15, 10; 6, 3; 10, 3*
- (20) *Cfr. Medellín 15, 4*
- (21) *Cfr. Medellín 11, 16. P.O. 6*
- (22) *Cfr. "Comunidades Eclesiales de Base y Nuevos Ministerios en Colombia" SPEC. Bogotá, 1977; pg. 23. No. 5, 4*
- (23) *Cfr. Cardenal Suenens. O.C. Capítulo VIII; E.N. 23*
- (24) *José Marins: CEB: Curso. Lima, 1972; pg. 7 ss.*
- (25) *Hch 2, 38; E.N. 13; 36*
- (26) *Cfr. P.O. 9*
- (27) *1Tm 3, 3; Cfr. M.M. 180*
- (28) *Cfr. P.P. 49*
- (29) *Cfr. P.P. 48 M.M. 119-120; 19.43*
- (30) *Ez 3, 20 ss.*
- (31) *Cfr. E.N. 76*
- (32) *1Tm 6, 5*
- (33) *Hch 5, 3 ss.*

- (34) *Lc 14, 33*
- (35) *Lc 6, 27-38; Mt 5, 3; Lc 18, 25; Mt 5, 38-45*
- (36) *Hch 2, 46; Medellín 14, 17*
- (37) *Hch 4, 32*
- (38) *Cfr. Cardenal Suenens O.C. Cap. VIII. "Esprit Saint et communautés Nouvelles".*
- (39) *Cfr. G.S. 32; 38; 41; 1Pe 22, 23; 1Jn 7-11; 1Co 13, 1-8; 1Co 1, 10-12*
- (40) *Cfr. Pablo VI. Audiencia del 19 de Mayo de 1975*
Cfr. E.N. 58
- (41) *Cfr. M.M. 142. 82-96*

6. HACER IGLESIA COMUNIDAD ORGANICA

La promoción cristiana y apostólica del laicado es una de las mayores gracias recibidas por la Iglesia en los últimos tiempos. Se venía preparando con los grandes movimientos apostólicos y ha tomado dimensiones inmensas en los últimos veinticinco años. Esta "entrada en la vida pública", esta "mayoría de edad" del laicado tiene consecuencias en los cambios pastorales de la Iglesia. Todas las actitudes están en vía de revisión, se producen trastronos, tensiones, incomprendiones a veces, dificultades inherentes a toda crisis de maduración y de progreso. De una Iglesia "sacerdotalizada", tal vez "clerical", pasamos a una Iglesia orgánica, organizada en diversos ministerios, buscando la corresponsabilidad en todos los niveles, la unidad en la pluralidad de funciones y ministerios; de la uniformidad avanzamos hacia la unidad (1).

6.1. Actitud ante un Laicado Corresponsable de la Pastoral

Una actitud clerical, consciente o no, está en vía de ser superada. El llamado de Pablo VI se ha hecho norma: "De fieles, a apóstoles" (2). Esto supone un cambio de actitudes en el sacerdote, que ya no puede considerar a los "fieles" en una

condición de cierta pasividad, como una masa que es importante cuando numéricamente es grande, y es casi despreciada cuando son pocos "los que asisten". Este criterio cuantitativo, despersonalizante, masivo, es superado en muchos ambientes pastorales. No para caer en elitismos tal vez cerrados o en ghettos, sino para comprender que para el laicado ha sonado su "hora", y ha comenzado a formar files en la Iglesia militante. Los movimientos apostólicos fueron un despertar y un germen, y hoy, cuando casi han desaparecido, es el laicado como tal el que alista en el ejército activo de la evangelización, de la promoción, de la oración, de la asistencia (3). Muchas veces el sacerdote, poco preparado para afrontar este despertar, prefiere ignorarlo, opacarlo, marginarlo. Están en juego valores de autenticidad cristiana, más que valores de "posición", de cargos o de títulos. El laicado cristiano no mira todo esto cuando está vacío de contenido espiritual. No desprecia la jerarquía, todo lo contrario; la necesita, la espera, cuenta con ella, pero discierne las actitudes superficiales, formalistas. El laicado exige profundidad espiritual, vida cristiana, testimonio. Sólo lo auténtico permanece. El laicado es eclesial, siente y valora su condición de "ser iglesia" sin estrechez de criterios, sin atrincherarse para ignorar la fuerza de los laicos. El laico quiere que

el sacerdote sea plenamente sacerdote, pero consciente de sus limitaciones y de la necesidad de la complementariedad que solamente el laicado puede aportar (4). Especialmente la juventud militante exige autenticidad (5), seriedad en la vida cristiana, y se exaspera ante el fariseísmo, la hipocresía, la superficialidad, o los prejuicios. Estas exigencias son una fuente extraordinaria de vida para el sacerdote, una sana emulación y necesidad de superación continua.

6.2. Limitaciones y Valoración de los Carismas del Laicado

El "hombre orquesta" desaparece de la pastoral. El sacerdote es consciente de que no lo sabe todo, no está preparado para todo. En un siglo de especialistas, también la pastoral los requiere. El sacerdote debe aprender a "aprender"; Dios habla a través de la realidad del mundo, de los acontecimientos, del pueblo cristiano. El "sensus fidelium" cobra realidad con fuerza (6). El sacerdote a medida que sale de su aislamiento provocado por la pastoral masiva, y entra a convivir en relaciones interpersonales profundas con el laicado, comprende la necesidad del trabajo no ya solamente en equipos sacerdotales, sino en equipos integrados con laicos, en donde la diferencia de edades, culturales, vocaciones, carismas, sexo, hacen del equipo una "microiglesia" representativa. Equipos que superan los límites de un "consejo parroquial" o de una junta asesora, para convertirse en verdaderas comunidades de vida, de oración, de reflexión, de trabajo. Allí el sacerdote se realiza plenamente en su paternidad pastoral, cuando puede darse a fondo, espiritual, intelectual, humana y sobrenaturalmente (7). El sacerdote que descubre, valora, promueve los carismas del laicado, se rodea de un verdadero cuerpo eclesial, organismo de servicio y de trabajo, en el cual la labor

de Iglesia se ve enriquecida y profundizada; sabe que el laicado no está formado, no ha estudiado teología, tiene buena voluntad sin preparación, pero no por esto va a tomar ya una actitud despectiva y condenatoria; entrará a formarlo en profundidad, capacitarlo, prepararlo. El sacerdote que no afronta esta urgente necesidad pastoral de formar los militantes de su equipo de trabajo, de su comunidad de vida, se condena a la soledad y a la esterilidad pastoral. Esto es exigente, requiere estudio, paciencia, perseverancia; superar muchos momentos de desencanto; pero es el trabajo que Cristo llevó a cabo con sus Apóstoles. Limitarse a afrontar la masa, sin formación personal de los responsables, es dejar a la Iglesia en un infantilismo moral (8).

6.3. Complementariedad de los Carismas

No todos son apóstoles, ni todos profetas, ni doctores (9). Un sentido de humildad es necesario. El sacerdote, formado sin especialización frecuentemente, corre el peligro de ensayarlo todo perdiendo tiempo y fuerzas, "quemándose", muchas veces. Es preciso descubrir el propio carisma, su limitación, sus riquezas, sus posibilidades (10). Muchos sacerdotes han sido frustrados, culpablemente o no, por verse obligados a trabajar en actividades para las cuales no tenían ni capacidades ni preparación. Muchos no pudieron realizar su carisma particular y llevaron una vida amargada, poco eficaz. Es una responsabilidad eclesial el descubrir los carismas, cualidades, vocación de cada uno, y darle la oportunidad sin demasiadas dificultades, de realizar su ideal personal. No es raro que el sacerdote que manifiesta una inclinación pastoral concreta, se vea criticado, obstaculizado. El carisma personal es fuente de ministerios concretos al servicio de la Iglesia; es una vocación de Dios, respetable, y necesaria para la comunidad. Re-

conocer este hecho es así mismo aceptar que no se está hecho para todos los ministerios; que se necesita del organismo eclesial (11).

6.4. De la Pastoral Masiva a la Pastoral Interpersonal

Es necesario ir a la persona, para poder hacer una pastoral orgánica en la que los carismas y ministerios de cada uno sean integrados. Sin conocer profundamente las personas, sin convivir la experiencia diaria del evangelio, nunca se hará Iglesia sino masa; no comunidad; ésta se hace entre personas que se conocen, se aman, se sirven, se integran, no entre anónimos. La pastoral debe regresar a las personas, a la muy abandonada "dirección espiritual", a la confesión asumida dentro del proceso de conversión y crecimiento de la vida en el Espíritu; debe regresar al diálogo, al compartir extensamente la vida de fe (12). Mientras cristianos de muchas sectas, dedican horas y días a formar personalmente a sus "fieles", nosotros dedicamos mucho tiempo a construcciones materiales onerosas, confiando en que "siempre la Iglesia estará llena"; cada día es menos verdadera esta afirmación. La acción paciente, persona a persona, casa por casa, abandonada ante el activismo y la multiplicidad de compromisos no siempre importantes aunque muchas veces urgentes, ha empobrecido nuestras comunidades. Cada día se hace más necesario este trabajo oculto, a veces ingrato, aparentemente poco eficaz, poco brillante; pero es a precio de esta labor como podremos tener comunidades cristianas sólidas (13).

El trabajo persona a persona es esencial sobre todo en la formación de responsables, de líderes. Todo el tiempo que el sacerdote dedique a este ministerio personal, será recompensado abundantemente en multiplicadores de la acción pastoral (14).

6.5. La Hora de la Evangelización del Laicado

Creemos que ha sonado la hora; lo estamos viendo diariamente: equipos de laicos recorren prácticamente el mundo entero. No estando capacitados para la dirección de la comunidad ni para la presidencia de la liturgia, vemos como una señal de este tiempo la misión evangelizadora del laicado, su vocación misionera, el llamado a llevar el testimonio de su fe a todos los pueblos, razas y naciones (15). Nunca como hoy tal vez, se ha visto el despertar de un laicado comprometido, desprendido, que comienza a llevar con madurez, fidelidad a la Iglesia, responsabilidad, solidez, la palabra de Dios a los ambientes más diversos, cuando no a otras regiones, zonas y países. Este laicado llamado a ser misionero, depende de nosotros, en su formación, en su fidelidad eclesial, en su misión (16). Es una exigencia pastoral de verdaderos "seminarios para laicos", cursos intensivos de Escritura, de Teología, de acción pastoral en todos sus frentes (17). Exigencia de crear el ambiente en el cual esta vocación misionera pueda descubrirse, canalizarse, dar fruto. Exigencia de hacer Iglesia semillero de apóstoles (18).

NOTAS AL CAPITULO SEXTO

- (1) Cfr. Alberto Parra, S.J. "Sacerdotes de Ayer, Ministros de Mañana" P.U.J. Bogotá, pg. 220; y en "Renovación Pastoral y Nuevos Ministerios". SPEC 1975. pg. 25
- (2) Cfr. E.N. 70
- (3) Cfr. E.N. 73

- (4) Cfr. L.G. 33; A.G. 21
- (5) Cfr. E.N. 76
- (6) Cfr. A.A. 25; G.S. 43
- (7) P.O. 4
- (8) A.A. 2.6; Cfr. Mons. Honoré en "France Catholique" No. 1554, Septiembre 24 de 1976; Cfr. Pío XII, diciembre 25 de 1936: "Los Apóstoles de los nuevos tiempos"; L.G. 33
- (9) 1Co 12, 29 ss.
- (10) Rm 12, 7 ss.; Ef 4, 7
- (11) Cfr. Alberto Parra, O.C. pg. 215 ss.
- (12) Cfr. "Person to Person". Número de "New Conventant" (junio/77) sobre la acción Pastoral de persona a persona; E.N. 46
- (13) Cfr. Stephen Clark "En construcción de Comunidades Cristianas". Publicaciones Nueva Vida. Aguas Buenas, Puerto Rico, 1975, pg. 17.
- (14) Ib. "Fijación de prioridades". "La Comunidad, meta pastoral", pg. 130 ss.
- (15) Ap. 5, 9; 7, 9
- (16) Cfr. IAC 101
- (17) E.N. 44.73
- (18) E.N. 70.72

7. HACER IGLESIA EN EL MUNDO DE HOY

Uno de los puntos más complejos de la acción pastoral, y por tanto de la acción del presbítero como hombre de Iglesia es su presencia en el mundo, en las estructuras temporales, en lo político, en el desarrollo, en la liberación, en lo internacional. Los grandes principios, las directrices fundamentales han sido dadas abundantemente por la Iglesia (1). La dificultad está en la aplicación concreta de estos principios, en el juicio prudencial de cada actitud, de cada paso, en cada ocasión (2). Es allí donde el sacerdote necesita lucidez, discernimiento, prudencia iluminada por la acción del Espíritu Santo (3). Quisiéramos insistir en algunos aspectos, sin pretender agotarlos, que nos parece pueden ser de interés.

7.1. Transformar el Mundo desde la Iglesia

La base fundamental de la acción del presbítero sobre el mundo y sobre el orden temporal, es su misión misma de capitalidad y paternidad eclesial. Es "haciendo Iglesia" como presta su mayor servicio al mundo: realizando el Reino de Dios (4), como lo único absoluto, a lo cual todo lo demás se subordina. Es engendrado por el evangelio la comunidad de hombres nuevos, liberados del egoísmo y del orgullo: comunidad llamada a irradiar una nueva manera de pensar, de vivir, de actuar, testimonio de una vida nueva (5). Hacer Iglesia es transformar el mundo como el fermento en la masa (6). Es un error profundo pensar que una es la acción del sacerdote dentro de la Iglesia, y otra fuera de ella. La ac-

ción del sacerdote se identifica con la de la Iglesia; es la Iglesia misma la que en él obra, y no tiene otra misión que la de la Iglesia, con las especificaciones propias de su misión y de su carisma propio (7).

A través de su vocación profética, debe proyectarse la luz del evangelio sobre toda la realidad humana y temporal, e informarla con la gracia de la verdad (8). La evangelización no se separa de la promoción del orden temporal, sino es el alma de ésta (9). Mucho menos se oponen estas dos misiones, sino se compenetran, siendo la evangelización el fermento, la "forma", el corazón, la fuente de la acción temporal de la Iglesia (10).

Evangelizando, haciendo hombres nuevos, se está haciendo una tierra nueva, un mundo nuevo (11) se está "fermentando" toda la creación.

7.2. Persona y/o Estructuras?

El querer influir exclusivamente sobre las estructuras, o exclusivamente sobre las personas, ha llevado a muchos sacerdotes a actitudes exageradas y erróneas. Pretender cambiar solamente las personas, y esperar que las estructuras cambien "buenamente", es tan condenable como el error contrario. El hombre y la estructura son una unidad, porque la estructura está en la esencia de la comunidad, de la vida social, es su "esqueleto". No se puede cambiar auténticamente a un hombre, sin que por ese mismo hecho deje de cambiar las estructuras injustas en que ha vivido. Si las mantiene, es señal de que su cambio ha sido solo aparente (12). El hombre nuevo, transformado por el evangelio, necesariamente traduce en sus comportamientos sociales la nueva vida que ha recibido (13). Así mismo, estructuras nuevas transforman al hombre: el hombre que entra a tomar actitudes de vida reno-

vadas necesariamente entra a vivir en forma diferente, a menos que se rebele, interior o exteriormente contra ellas; la estructura es un pedagogo, crea hábitos, dispone a actitudes internas justas al ordenar las externas. Pero la acción sobre las estructuras y el comportamiento externo de los hombres es incompleta si no está acompañada por la acción sobre la persona misma, su mundo interior, su mente, su espíritu. No podemos separar la persona de su estructura social y su comportamiento, sus costumbres, sus leyes: es una unidad indisoluble. Es preciso obrar sobre ambas realidades, sabiendo que hay una concausalidad entre la persona y la comunidad (14). La acción del sacerdote debe estar orientada por este principio. Descuidar la transformación del hombre puede crear una esclavitud externa sin actitudes interiores de libertad y compromiso (15); haremos "robots" impersonales, uniformados y obedientes sólo exteriormente. Buscar la transformación del hombre sin atender a su inserción en la estructura, es encerrarlo en un individualismo contrario al evangelio (16).

7.3. "Promoción Humana"

Es imposible llevar la comunidad humana a la vivencia del Espíritu, sin promoverla, sin llevarla a actitudes nuevas, ante sí mismo, el prójimo, el mundo. Actitudes positivas, constructivas, creadoras, transformadoras; hombres nuevos, capaces de levantarse del nivel de vida en que vivían por el vicio; capaces de transformar el ambiente de odio en unidad comunitaria; capaces de liberarse del egoísmo para construir comunitariamente nuevas formas de vida (18); en fin, hombres nuevos capaces de unirse para obtener la plenitud humano-cristiana, a la que Dios los llama (19). La promoción humana está animada, informada, vitalizada por el Espíritu, que es motor y fuerza de acción; es el

alma que vitaliza todos los procesos de desarrollo y liberación, "hasta la plenitud de la edad-estatura" de Cristo (20).

Cuando la acción de la gracia no se manifiesta en progreso, desarrollo, liberación, superación, tenemos que concluir que está bloqueada por el pecado, oculto o manifiesto (21) no hay verdad en la vida del espíritu; se está enfermo, o muerto. No toda promoción es signo del Espíritu, pero toda acción del Espíritu llevará a un mejoramiento de la vida humana en aquello que tiene de más noble, profundo, sano, verdadero. La promoción hecha sin espíritu, no podrá llegar hasta las profundidades del hombre interior, ni liberarlo de las esclavitudes morales. Solamente la acción de la gracia puede transformar al hombre hasta sus raíces más hondas (22).

La promoción que descuida la transformación total e integral, será superficial e incompleta: la transformación que no promueve actitudes concretas ante el mundo, será también inauténtica (23). Siempre estamos en el trabajo de la unidad; el hombre es inseparable de la creación, todo su ser se proyecta en ella y la transforma o la destruye.

La creación es lo que es el hombre (24). Hombres transformados redimirán la creación "sometida a la vanidad" y la introducirán "en la libertad de los hijos de Dios" (25). La creación es el espejo del hombre, su gloria, su obra, su imagen (26).

7.4. Iglesia y Liberación

Necesaria y lógica consecuencia de todo lo anterior es la unidad indisoluble entre el deber de "hacer Iglesia" y liberar al hombre, en el sentido más profundo y verdadero de la liberación (27), del pecado personal y comunitario; todo pecado es social, aun el más oculto e íntimo. Todo pecado es autodestructivo. Las

radicalizaciones sobre la liberación social y comunitaria, desconociendo o haciendo abstracción del pecado personal, son tan perjudiciales como el extremo opuesto de pretender liberar al hombre en el individualismo. La creación es una unidad, una corresponsabilidad indestructible (28). El pecado social, las estructuras de pecado, la violencia institucionalizada, son necesariamente correlativas al pecado personal (29), la injusticia vivida y practicada en los hechos y acciones de cada hombre y de cada comunidad (30). La liberación de las dependencias y de la injusticia es fruto de la transformación del hombre liberado de su propia injusticia. Hombres justos hacen la justicia: siempre prima la persona, para educar, hacer hombres justos (31). De nuevo se impone el difícil pero necesario equilibrio de trabajar al mismo tiempo sobre la estructura injusta y sobre la persona. El peligro y el perjuicio de los radicalismos se vuelve contra quien la practica porque destruye lo que pretende salvar (32).

El peligro de algunas "teologías de la liberación" que recortan la dimensión íntegra del ser humano, con su proyección espiritual y temporal, personal y social, para limitarse a obtener una liberación parcial, incompleta, es desgraciadamente frecuente. Solamente podremos trabajar por la liberación, si comprendemos al hombre en toda su plenitud humano-divina, en toda su integridad (33).

7.5. Labores de Suplencia

Es frecuente que el sacerdote, sobre todo, en los medios latinoamericanos, tenga que afrontar trabajos de suplencia dadas las condiciones de pobreza, subdesarrollo, incapacidad del estado o del laicado, de afrontar todas sus responsabilidades (34). La Iglesia lo ha reconocido abundantemente (35). Pero es necesario trazar una línea de criterio pastoral al respecto: muchas veces estas

labores, secundarias, llegan a absorber de tal manera la acción y la vida sacerdotal, que su misión específica, se subordina a las "suplencias" y llega hasta a desaparecer y ahogarse. Sacerdotes que primero son profesores, están hipotecados al magisterio, y sólo en los tiempos libres mantienen una labor pastoral superficial o de conservación (36). Sacerdotes comprometidos en tal forma en actividades sociales, que llegan a perder el criterio eclesial para comprometerse en luchas políticas partidistas o revolucionarias. Sacerdotes entregados a la ciencia o al arte, la investigación o el trabajo simplemente lucrativo, que subordinan la misión sacerdotal de "hacer Iglesia", a intereses personales o de grupo muchas veces incompatibles con su vocación (37). Es necesario rescatar lo esencial, la misión de Iglesia; en sana jerarquía de valores, subordinar lo secundario, por urgente que parezca; la urgencia no es criterio de valor ni de importancia. El inmediatez de muchas suplencias, de muchos compromisos temporales ha destruido verdaderos valores de la vida sacerdotal (38).

Afortunadamente cada vez son menos necesarias las labores de suplencia porque el estado y el laicado afrontan sus responsabilidades con mayor eficiencia, y el sacerdote puede ser "sacerdote" plenamente (39). Es un proceso lento, pero ineludible. La Iglesia marcha hacia su plena identificación, que no es la del poder político ni temporal; Dios ha querido que el poder del Espíritu y el poder temporal no estén bajo la misma cabeza, y cada día más se especifican y separan las responsabilidades y la misión de cada uno de los dos poderes (40). La misión eclesial del sacerdote lo llama a una dedicación total, de tiempo completo, vida íntegra. Las suplencias, las actividades temporales, desaparecen bajo la necesidad de dedicar todas las fuerzas a construir el Reino de Dios (41). Muchas veces es necesario tomar decisiones al respecto, suprimir compromisos, limitar actividades, para salvar y asegurar lo esencial, lo propio de la vocación sacerdotal; para no desparramarse en multiplicidad de actividades agotadoras y poco eficaces. Es regresar al "único necesario".

NOTAS AL CAPITULO SEPTIMO

- (1) Cfr. *Admirable síntesis en E.N. 29-30*
- (2) Cfr. "El tema Sacerdotal y el clero en América Latina", *CELAM Documento No. 14.B. pg. 21 ss.*
- (3) Cfr. *Hch 15, 28; Cfr. E.N. 75*
- (4) *Mt 6, 33; Medellín 1.3; E.N. 8*
- (5) Cfr. *E.N. 15. 21, 59-60*
- (6) *Lc 13, 20-21*
- (7) *P.O. 4 passim*
- (8) *L.G. 31 passim*
- (9) *CELAM, Documento 14, pg. 25 nota B; E.N. 31*
- (10) *CELAM Documento 14 pg. 26; E.N. 19.20; 51-57*
- (11) *Ap 21, 1*
- (12) *1Jn 2, 9*
- (13) Cfr. *Lc 19, 1-10*

-
- (14) *Cfr. G.S. 25*
- (15) *E.N. 36*
- (16) *Lc 16, 19-31; 10, 27-27; St 2, 15-16; Cfr. Medellín 7, 19; 10, 9-13; 1, 3-14; 10, 2-15; Cfr. I.A.C. 397.*
- (17) *E.N. 31. Medellín 3, 11; 14, 11; 1, 22; Cfr. P.P. 15-19*
- (18) *E.N. 30. 33.36; Medellín 15, 10; IAC. 286 ss.*
- (19) *Ef 4, 15; P.P. 1; 6, 15*
- (20) *Ef 4, 13*
- (21) *Cfr. Medellín 1, 2; 2, 16; 10, 2; 15, 1*
- (22) *Ga 5, 22*
- (23) *Cfr. E.N. 38*
- (24) *Cfr. Gn 3, 17-19*
- (25) *Rm 8, 19-20*
- (26) *Cfr. Ap 21, 1-15 ss. Rm 8, 22*
- (27) *Rm 6, 14; E.N. 33.30*
- (28) *Cfr. Rm 1, 20; 8, 21; 2Co 5, 1*
- (29) *Medellín 10, 2.9.13.15; 15, 1*
- (30) *Medellín 2, 16*
- (31) *Cfr. Sínodo 71 "La justicia en el mundo" "Educación para la justicia"*
- (32) *Cfr. IAC. 397*
- (33) *P.P. 15-17, Medellín 1.6; 2, 1-14; 4, 9; 11, 18-19: "Justicia y Exigencia Cristianas" pg. 39*
- (34) *Cfr. Gustavo Jiménez Cadena S.J. "Sacerdote y Cambio Social". CIAS. Bogotá, 1967 pg. 281: "El Sacerdote, bajo la dirección de sus superiores jerárquicos, debe asumir ciertas responsabilidades que "per se" pertenecen a los laicos, en aquellas circunstancias en que no hay seglares capaces de asumirlas, y por otra parte se trata de asuntos de capital importancia para la Comunidad..."*
- (35) *Cfr. Ib. pg. 134; 143*
- (36) *Medellín 6, 1*
- (37) *Medellín 13.11; 11, 27; 14, 15*
- (38) *E.N. 76, 32*
- (39) *E.N. 70.68*
- (40) *G.S. 74; M.M. 20*
- (41) *E.N. 5; 8*